

# Carta de Argentina

## La crítica literaria y los medios

Oswaldo Gallone

Creo que dos son los peligros que acechan a la crítica literaria, en especial la que se desarrolla en periódicos, revistas, suplementos culturales o, en todo caso, en órganos cuya difusión se pretende masiva (concepto, el de masividad, que convendría atemperar habida cuenta de que no se suele conciliar con el de crítica literaria). Uno es el del puro y craso impresionismo asentado en el «me gusta o no me gusta» carente, por lo general, de fundamentos sólidos; el otro, el de la jerga. El primero deriva en la arbitrariedad; el segundo, en la exclusión. El primero es una mera efusión epidérmica (y, generalmente, hiperbólica), como si la palabra del crítico no necesitara validarse y dependiera de impulso tan relativo como un estado de ánimo (o una red de empatías y diferencias de carácter personal); en el segundo caso, si el lector no frecuenta el vocabulario de esa y determinada tribu, queda irremisiblemente relegado del diálogo, que se convierte, por pura lógica, en cifra y clave de recortado grupo.

En la época de los grandes semanarios argentinos –desde *Primera Plana* hasta *Análisis*– la crítica santificaba; la fecunda convivencia entre la difusión periodística y el *boom* –denominación acaso imprecisa, pero ya consagrada por el uso– narrativo latinoamericano exime de mayores comentarios. Más atrás en el tiempo, suplementos de diarios de circulación mayoritaria –*La Nación*, por ejemplo– podían publicar sin escándalo y con provecho extensos y sustanciosos trabajos firmados por el filósofo Angel Vassallo o el filólogo Raimundo Lida. Hoy pareciera ser que la crítica literaria vernácula, remedando una copla española, «no abriga ni despierta», inferencia que sería tranquilizador (y, por lo mismo, sospechoso) atribuir a la progresiva merma de lectores o a la estolidez constitutiva de la *new age* (ambos, factores externos), pero que acaso reconozca otras y diversas razones.

Tres ejemplos pueden ilustrar los dos peligros apuntados al comienzo de este bosquejo.

Un escritor argentino fallecido hace un par de años comparaba, en el marco de la nota bibliográfica de un matutino –con intención encomiástica, pero huérfano del más elemental espíritu ponderativo–, un tomo de

cuentos de Bioy Casares con «esos exquisitos bombones de chocolate envueltos en papel plateado». No deja de ser injusto imputarle a Bioy —que en sus mejores momentos, que no son pocos, hace gala de un estilo irreprochable— semejante dosis de colesterol.

El segundo ejemplo —nobleza obliga— me incluye derechamente. Hace algunos años, más de los que yo quisiera, me desempeñaba en la sección cultural del semanario *El Periodista de Buenos Aires*. A propósito de un libro de ficción que ya no recuerdo, decidí esgrimir mis armas de crítico pacientemente veladas en años de estudio universitario (y ahí, digamos, verían quién era yo). Me entregué a la tarea de escribir una recensión erizada de intertextualidad, hipertextualidad, significantes ilesos y fracturados, sentido rebosante y ausente, doble circulación de la letra y restos de deseo sedimentados en la palabra no dicha. El escritor argentino Rodolfo Rabanal —entonces y afortunadamente, mi jefe inmediato— decidió con sabia prudencia diferir la publicación del material. Varios años después, acomodando papeles viejos, me reencontré con la nota: no alcancé a entender dos líneas seguidas.

Hace un tiempo, un reconocido periodista cultural argentino decidió compilar en un volumen varias de sus notas aparecidas en los últimos años en distintos suplementos culturales. A las pocas semanas de publicado, el libro mereció una recensión. Por puro azar, me encontré con el periodista en el barrio de Congreso; estaba feliz y desconcertado. Mientras compartíamos un café, me confesó que iba a llamar por teléfono al crítico que suscribía la nota para preguntarle si el libro le había gustado o no, porque de la lectura de la crítica no se desprendía en ningún momento tal evaluación que, justo es reconocerlo, no es un dato menor.

Se podría concluir, pues, al menos parcialmente, que un libro puede ser bueno o malo pero, en ningún caso, estar relleno de licor o ser crocante; no es pertinente que una crítica destinada a un medio masivo se convierta en un magma jergoso, acompañada de un guiño complaciente a un grupo de iniciados; que un crítico debe tener, al menos, el buen gusto de exponer en nombre propio su opinión personal. La arbitrariedad (que hace de la carencia un orgullo) y la jerga (que hace del criptograma un salvoconducto) desembocan, por fin, en una desolación que merece ser puesta de relieve: la imposibilidad de debate.

Estas reflexiones —para otorgarles un estatuto que acaso no merezcan— se han ido tramando al hilo, como no podía ser de otra manera, de la lectura de un libro: *Oficio de lector*, de Santiago Sylvester (Argentina, 1942), que resulta, en más de un sentido, un paradigma de genuina crítica (como podrían serlo, por mencionar sólo dos nombres, las notas que a lo largo de

los años han ido suscribiendo Ernesto Schóo o Luis Gregorich; ambos, paradigmas de lo que debe ser un periodista especializado en cultura). El lector Santiago Sylvester da cuenta de su lectura de Virgilio, Cervantes, Mallarmé, Kafka, Mastronardi, Lugones o Borges logrando cumplimentar dos propósitos –poco importa que el gesto sea voluntario o no– que son, a mi juicio, sustanciales en la labor crítica: incitar a la lectura y ofrecer margen para el reflexivo disenso (en este sentido, uno de los capítulos más provechosos del libro es el que se titula «El padre de Kafka», donde la lúcida ironía va de la mano de un tono tan fértil como provocativo). No es mérito desdeñable –entre tanta hojarasca de capilla, galantería autorreferencial y puerilidades posmodernas– que el autor se detenga en la evaluación de un buen número de clásicos, cuyo conocimiento resulta necesario, aunque más no sea, como aconsejaba Onetti, «para evitar deslumbramientos posteriores».

Sin necesidad de una prosa amurallada detrás de la jerga ni apoyándose en las muletas de una multitud de notas al pie (esa especie de ortopedia que a veces resulta más numerosa que el texto en cuerpo mayor), Sylvester transmite, al cabo, una experiencia que bien puede calificarse de esencial: la lectura es un placer, no hay razón para poner entre el ojo y la letra un ejército de barras, comillas, sobreentendidos y mayúsculas a fin de que el hedonismo se convierta en una sufrida labor de corte hermenéutico, como si al sudor para ganar el pan hubiera que multiplicarlo a fin de acceder al goce de la lectura.

En el capítulo titulado «La dificultad de la ruptura», Sylvester discrimina los diferentes tipos de lectores que el escritor exigió a lo largo de las distintas épocas: Nietzsche reclamaba un lector lento; las vanguardias, un lector participativo; hoy, lo que se le pide al lector es que exista. Sospecho que no resultaría ocioso que el crítico de medios masivos tuviera en cuenta esta clasificación a la hora de ejercer su oficio.



«Nervios a la vista», 1986, Huile sur toile, 100 x 81 cm.